

¿COMUNIÓN IMPOSIBLE?²

Las dificultades de la vida en común hoy

Una constante: la vida en comunidad seduce a menudo a los jóvenes hacia la vida religiosa; pero muchos la dejan después de una decena de años, porque la vida en común les parece imposible de soportar. ¿Por qué sucede esto? A menudo nos quedamos con las causas visibles. La comunidad dirá que los jóvenes son frágiles, y los jóvenes dirán que la comunidad no vive una vida evangélica y les impide ser libres. A menudo las dos cosas son verdad. Pero, ¿es suficiente para comprender lo que pasa? El origen de las dificultades encontradas hoy para la vida en común no viene solamente de la necesidad de una conversión personal o de los cambios a introducir en el estilo de vida de la comunidad.

Está marcada también por la influencia de la sociedad que la rodea. Esto es normal, puesto que los candidatos a la vida religiosa vienen del mundo tal cual es; están marcados por él, aun inconscientemente, y la comunidad debe tenerlo en cuenta.

Las dificultades tienen raíces profundas. Algunas son de orden filosófico, otras de orden psicológico, otras dependen de la moral o de la teología, y otras, en fin, tocan a la afectividad y a la vida espiritual.

Las divisiones entre los diversos ámbitos, que caracteriza nuestro mundo fragmentado, aumenta la dificultad: podemos profesar una doctrina perfectamente ortodoxa, citar a santo Tomás de Aquino, a Juan Pablo II, y a los mejores autores místicos, y al mismo tiempo ser guiados, sin darnos cuenta, por una moral o una espiritualidad que no son realmente cristianas.

¹ Nacida en 1945, entra en el Monasterio de las Dominicas de Lourdes en 1966, después de algunos estudios de medicina. Fue maestra de novicias y ha conocido el África de Camerún. Se especializa en los estudios de los Padres y, por supuesto de san Agustín y santo Domingo, a propósito de los cuales publica numerosas contribuciones (libros y artículos) y enseña en Francia y en el extranjero. Se subrayará entre otras publicaciones: *Consagrarse a Dios, una teología de la vida consagrada*, Téqui, 1998.

² Artículo tomado de la revista *Vie consacrée*, nº 4 (2002), pp. 232-249, traducido por la señora María Benard de Acuña.

Dificultades de orden filosófico: ¿Qué imagen tengo de mí?

El individualismo y el subjetivismo tienen hoy un gran impacto sobre nuestros contemporáneos, a menudo sin que ellos lo sepan. La mirada proyectada sobre sí mismo y sobre los otros está fuertemente condicionada por ellos: se vuelve difícil la apertura al misterio de la Iglesia, fuente del misterio de la comunidad.

Influencia del individualismo

En las comunidades religiosas no encontramos al individualismo en estado puro, porque éste implica el rechazo a toda referencia de un Dios trascendente, el rechazo de toda autoridad que se refiera a una revelación. Pero su influencia no está para nada ausente.

El individualismo solamente tiene en cuenta su juicio propio. La apertura a la alteridad es inexistente, se encierra en un aislamiento mortal. La inserción en una comunidad no es para él la ocasión de un crecimiento en la autonomía, porque la fuente de su identidad está ubicada en la armonía consigo mismo. Es, por lo tanto, importante para los jóvenes que entran en la vida religiosa interrogarse sobre el sentido de la vida humana a partir de la vida en común a la cual ellos son iniciados; desde las relaciones con los demás en las cuales ella los hace entrar.

Influencia del subjetivismo

El lugar preponderante que se le da hoy a la subjetividad tiene consecuencias nefastas en las relaciones en la comunidad.

Las ideas crean el mundo....

Cada persona es un ser abierto al amor y al conocimiento de otras personas, capaz de acoger la presencia de los demás seres que la rodean; tiene la capacidad de entrar en relación con ellos. Pero, para muchos jóvenes, esta apertura no integra ninguna realidad. Lo que ellos perciben como importante en el conocimiento, no es la apertura a la presencia de los seres, sino únicamente la toma de conciencia de uno mismo. La consistencia de lo real es casi inexistente; se reduce sólo a la que ellos le desean dar. Algunos tienen verdaderamente la impresión de que son ellos los que, por su pensamiento, dan consistencia al mundo que los rodea. En este contexto, toda atención al otro es imposible. Esta

actitud tiene raíces más profundas que el egoísmo. Es importante entonces no reducir esta dificultad a una cuestión moral. Se originaría un diálogo de sordos.

Un ejemplo: cuando un alumno se ha acostumbrado a responderle al profesor: “yo lo pienso, luego es verdad”, ¿cómo podrá un día, si entra en el noviciado, tener la humildad necesaria para recibir la verdad transmitida por otro?

Miedo del otro, miedo de sí mismo

El otro es para mí una pregunta. Desde allí, lo que me es incomprendible en el otro, profundiza mi deseo en forma de preguntas siempre abiertas. Pero todo lo que en ellas escapa a la razón, se vuelve peligroso para el que está encerrado en su subjetividad. Esto desemboca en el temor al otro, negando lo que es diferente de uno. En efecto, si uno ya no recibe nada de los otros, se considera a sí mismo como única referencia en el mundo. Y para impedir la pregunta diferente del otro, se busca reducirla comprendiendo al otro a partir de uno mismo. Lo que da origen a reacciones de este tipo: “Si yo estuviese en tu lugar”. Pero, justamente, el otro es diferente de mí, yo no estoy en su lugar.

Cuando todo lo que es diferente, todo lo que se resiste, es percibido como peligroso, hostil, sospechoso, el misterio de la alteridad es insoportable y se convierte en una fuente de endurecimiento, de violencia. El miedo a sí mismo se agregará enseguida, porque es imposible manejar el conocimiento que uno tiene de sí mismo.

Encarcelamiento en los sistemas

El subjetivismo conduce a tomar un encadenamiento de ideas, como si fuesen la realidad, es decir, a construir sistemas: es una forma de escapar a las preguntas que el otro me produce debido a su diferencia. Ya no hay más escucha de lo real del otro. Pensar, conocer, se reduce a aplicar el sistema de forma uniforme en toda circunstancia. Esta necesidad de uniformidad de pensamiento y de acción, tan tranquilizadora, podría ser una fuente de caída en sectarismos en las comunidades religiosas.

Las observancias, por ejemplo, pueden estar erigidas en sistemas. Entonces, ya no se tienen más en cuenta las necesidades de las personas.

Dificultades a nivel de la fe

La difícil interiorización del misterio

En un primer tiempo, es muy probable que la vida común sea buscada para uno mismo, y sería una falta de pedagogía rechazar demasiado rápido esta búsqueda egocéntrica. Pero es necesario enseñar a los jóvenes a interiorizar el misterio, ya que sólo él podrá hacerles tener sobre la comunidad una mirada que no decepcione. O más bien esto les permitirá encontrar en la decepción una fuente de purificación y de profundización espiritual, una maduración de su fe.

Vivimos como creemos. Es muy importante interiorizar el misterio, para que se convierta en nuestra columna vertebral, el punto de referencia constante desde el cual se ajustan nuestras miradas y nuestros juicios. No basta con tener bases doctrinales sólidas en cristología, ecle-siología, o ser licenciado en teología. Los conocimientos doctrinales, cualquiera sea su nivel, ¿están interiorizados, unificados? ¿Se han convertido en fuente de vida? Es una pregunta que las nuevas espiritualidades no enseñan a los jóvenes a hacerse.

Es necesario entonces un nuevo aprendizaje progresivo: es importante proveer a los más jóvenes un clima que les haga posible esto y les dé una formación adaptada. Si no, un día dejarán la comunidad, porque les parecerá inviable y asfixiante. La habrán bordeado pero no habitado.

Una fraternidad a descubrir

Venimos a la comunidad para buscar a Dios.... Y encontramos hermanos diferentes de nosotros, difíciles de comprender y con quienes nos cuesta vivir.

Es por lo tanto normal que no se pueda medir a la fraternidad con la vara del “estar bien juntos”. Ella está ante todo ligada a lo esencial de nuestra vida: nuestra relación con el Padre. No elegimos estos hermanos o hermanas en la vida religiosa, los recibimos como un don del Padre. El lazo fraternal es entonces más profundo y fuerte que nuestra división: es nuestra oración la que, profundizando nuestra relación con el Padre, nos enseña a recibir a nuestros hermanos y hermanas.

Para algunos, es muy difícil llegar a esta mirada de fe sobre la comunidad, pues sólo perciben la realidad humana... La consecuencia es la rebeldía.

Dificultades de orden psicológico

Un super “yo” que cansa al sí mismo

El individualismo y el subjetivismo ponen al “yo” en el primer plano. La preocupación por sí mismo, el desarrollo de sí, “*estar bien en su pellejo*”, “*estar en forma*”, “*descollar*”, “*estar cómodo*”, son otros tantos términos que expresan una atención a sí mismo. El único horizonte, entonces, se convierte en el problema de desarrollar las propias capacidades y alcanzar el nivel más alto. El ideal de sí mismo, que uno se ha forjado refiriéndose a lo que es considerado por los demás como el buen nivel, sirve de patrón para tener éxito. Y cuando uno no alcanza a ajustarse a él —a triunfar en la vida—, cuando uno se cansa inútilmente intentando realizar este vano deseo, termina en el fracaso. De ahí la depresión. ¿Cómo no deprimirnos, cuando estamos confrontados a una imagen ideal de nosotros mismos a la cual no podemos conformarnos? La depresión expresa la decepción producida por el fracaso de una acción voluntarista.

La humildad, la obediencia a la Palabra presente en el interior de uno mismo, a la raíz de uno mismo, son necesarias. Ahora bien, sólo esta Palabra nos indica la dirección de nuestra ruta, nos llama a ser nosotros mismos en la relación con Otro, con los otros.

Las heridas psicológicas, obstáculo al amor del otro

Contrariamente al amor de Dios y al amor del prójimo, el amor a sí mismo ha parecido evidente durante siglos: era cuestión de simple comprobación. Pero hoy hay heridas psicológicas —que algunas veces han precedido al nacimiento— que provocan una incapacidad de amarse a uno mismo. Los años de la infancia, de todos modos, con su fragilidad debida a la ubicación de la estructuración del yo, no pueden estar exentos de heridas. Las condiciones familiares difíciles no hacen más que multiplicarlas y agravarlas.

Amarse a sí mismo es, por lo tanto, indispensable para vivir. Pero, para amarse a sí mismo, es necesario haber sido amado con un amor gratuito, al que nada pueda detener. Este amor establece la confianza en sí mismo; nos permite creer que somos amados tal cual somos, con nuestras fallas, con nuestros límites y nuestros defectos. Y por la mediación de esta mirada humana, es posible descubrir que hemos sido amados por Dios mismo antes de existir.

A menos de llegar a la comunidad con una gran experiencia espiritual, el joven tiene necesidad de ser aceptado para tener conciencia de su dignidad, para ser libre de ser él mismo, para no avanzar por coacción, para superar sus faltas pasadas. Tiene necesidad de ser reconocido para poder desarrollar las riquezas, todavía escondidas en él, que los hermanos le revelarán. Si es apreciado únicamente a causa de los servicios que presta a la comunidad, no se sentirá aceptado, no será feliz, y no podrá abrirse.

Sin embargo, buscar ser amado no es el término; de lo contrario la vida espiritual no progresará y la vida en comunidad será imposible. Hay que aprender a volverse hacia el otro, preocuparse por la felicidad del otro. En una palabra, hay que llegar a amar...

En busca de la curación

Cuando el “yo” está enfermo, es indispensable darse cuenta de ello para llegar al desarrollo de todas sus potencialidades. Es necesario, pues, prever una etapa terapéutica que debe comenzar antes de la entrada en una comunidad religiosa: ésta, en efecto, no tiene un fin terapéutico.

Esta búsqueda de curación tiene, sin embargo, sus trampas: ella puede ser una nueva forma de volverse a centrar en sí mismo, cuando el deseo de curarse se convierte en obsesión. Todo se relaciona con este objetivo, incluso la relación con Dios. ¡Dios se convierte en el Terapeuta! Por eso, hoy muchos aspiran a una vida común para sanar sus heridas psicológicas.

No es un proceso de fe, una manera eclesial de vivir, la que los lleva a la comunidad. Es importante hacerles tomar conciencia de esto; de lo contrario las dificultades inherentes al “vivir juntos” serán fuentes de nuevas heridas. Sobrevendrá una soledad mortífera y no habrá ya nada sólido en que apoyarse. Las dificultades no serán ya el lugar donde nos convertimos en discípulos de la cruz.

Dificultades en lo tocante a la afectividad

El aprendizaje de la vida en común pasa por las mismas etapas que aquellas encontradas en el aprendizaje del amor.

Recordemos el proceso de crecimiento en el amor. Comienza por centrarse en uno mismo para afirmar su personalidad. Una primera salida de uno mismo se produce por la atracción de modelos con los

cuales el joven busca identificarse. Esta segunda etapa es una lucha que produce duros fracasos. Algunos, en un primer momento, bajan los brazos al descubrir todo el trabajo por hacer; se inicia una regresión. Otros, para evitar las heridas inherentes a toda lucha, se paralizan en un legalismo exterior. Pero una tercera vía se presenta enseguida, que se ubica en el camino del amor: reconocer la debilidad delante del único que sabe verdaderamente amarnos. Aceptar tomar este camino liberador es un poco un salto en el vacío. Es el pasaje obligado para entrar en la etapa siguiente: descentrase. Aquel que se sabe amado puede, a su vez, amar; busca su felicidad centrándose en el otro. La madurez afectiva está en su lugar cuando, en lugar de buscar tener poder sobre el otro, lo respetamos como diferente de nosotros mismos. La ascesis contribuye a romper los lazos que impiden encontrar el centro en Cristo.

Aquel que no ha hecho este camino estará desconcertado por la comunidad, pues la integración en una comunidad pasa por las mismas etapas: “idealización, crisis, humilde aceptación de uno mismo y de los otros en el reconocimiento de sus límites, pero también del verdadero llamado de Dios”.

Al ingresar en una comunidad, predomina un sentimiento de confianza espontánea que puede durar algunos meses, a veces algunos años. Todos aparecen según su mejor aspecto, captando así la aprobación y la estima de los otros. Pero, las incomprensiones sobrevienen; el acuerdo se dificulta. Una tensión emerge y crece. Es de capital importancia, entonces, sacar la dificultad a la luz, sin ocultarla.

Para que esta prueba desemboque en un arraigamiento en la comunidad, es necesario un reconocimiento recíproco de la debilidad, una experiencia de perdón mutuo. Si todo está escondido, la crisis se resolverá con una salida o en un endurecimiento.

A través del perdón mutuo, la comunidad es experimentada como una comunidad cristiana donde Cristo es encontrado en la aceptación del hermano sin condiciones. Cada uno se da cuenta de que tiene valor para los otros. La espiritualidad de comunión será entonces viva en la comunidad.

Cuando la mirada y la palabra de los hermanos han permitido acceder a una liberación, la comunidad ya no es buscada para uno mismo, para el propio provecho espiritual, sino para servir, para vivir para los demás. Por el contrario, si esta etapa no ha sido superada, el joven subordina su vida a un ideal sin consistencia real. Busca solamente tener un rol, responder a las expectativas del grupo.

En este trabajo de refundación de la afectividad, la comunidad

ayuda a liberarse del dominio del yo, para vivir con el Señor, de verdad. Es el lugar donde se ubica la ascesis indispensable para este trabajo.

Dificultades ligadas a la moral

La ascesis olvidada

Solamente la caridad permite vivir en comunidad, aceptar a los otros como son, en paz. Pero, esta caridad necesita un largo trabajo espiritual —el trabajo sobre sí mismo: la ascesis— una purificación del corazón. Los hermanos y las hermanas son los primeros que nos ayudarán en ese trabajo. Una primera toma de conciencia es indispensable: ¡los cimientos de los vicios están en nosotros; nuestras pasiones no son causadas por los otros!

La experiencia de un joven religioso es significativa. ¡Él pensaba que un hermano era la causa de sus cóleras; en efecto, se encolerizaba con él, pero no con los otros! Una cosa se le había escapado: en realidad el hermano que supuestamente lo encolerizaba, tenía la bondad de regar su jardín por medio de sus palabras ¡y sacaba así a la luz las semillas de cólera que estaban escondidas en él!

El otro me reenvía a mí mismo y es ocasión de trabajar las virtudes, en particular la paciencia, “soportar las injurias”, la compasión, la humildad. Pero hoy, ya no nos gusta hablar de virtudes. Se prefiere determinar los valores que ayudarán a construir la vida.

Ahora bien, si yo puedo conocer las virtudes, es porque otro me dice lo que está bien y lo que está mal; y gracias a la inclinación al bien que está en mí, y por la gracia de Dios, me siento atraído por ese bien. Por el contrario, si soy yo quien determino por mí mismo los valores que considero importantes, corro el gran riesgo de no tolerar que los valores ajenos sean diferentes de los míos.

La comunidad nos hace progresar en el conocimiento de nosotros mismos. Ella nos hace tocar con el dedo que, de hecho, cada uno lleva en sí los mismos defectos que los demás: cólera, orgullo, celos; allí se manifiesta nuestra solidaridad. De esta manera, cada uno aprende a tener compasión de su hermano. Si este trabajo no se realiza, acusamos a los otros, nos escandalizamos de sus fallas, de lo que se hace en la comunidad: todo va mal a causa de los demás, juzgamos sus actos. Daremos enseguida un paso más: juzgaremos a las personas.

Coincidimos con lo que dicen los psicólogos: si no sabemos

aceptar lo que está mal en nosotros mismos, no lo aceptaremos en los otros. La depresión, las fragilidades psicológicas, los defectos de los otros, nos reenvían entonces a lo que no queremos encontrar en nosotros mismos: algo que sea malo. Nosotros no le permitimos al otro el derecho de tener defectos, de no ser perfecto, de equivocarse: le retiramos nuestra confianza. Es el caso de religiosos que han sido mantenidos al margen de todo cargo, porque habían tenido dificultades durante el noviciado. Constatamos, en sentido inverso, que otros han dejado la vida religiosa aunque se les habían confiado responsabilidades porque parecían “perfectos”. Es necesario no olvidar que las aguas tranquilas no son forzosamente las más seguras... Esto es fundamental para vivir la confianza mutua en una comunidad.

¿Cuál libertad?

Aun en la vida religiosa la pregunta: “¿Qué es la libertad?”, recibe a menudo como respuesta “la posibilidad de elegir lo que yo quiero”, sobreentendiendo: “en función de mis valores”. En el nombre de estos valores uno defiende su libertad. ¿Con qué derecho el otro me impondrá los suyos?

Como en una filigrana, está la libertad de la indiferencia, que es en primer lugar, “reivindicación del poder que posee el hombre para elegir entre los contrarios, a partir solamente de sí mismo”. La independencia y la autonomía, en esta perspectiva, no son compatibles con la dependencia de cualquier ley que sea. La arbitrariedad se convierte en la única norma.

En la vida religiosa, ciertamente la libertad de indiferencia no está reivindicada tan absolutamente; pero como ella impregna toda la moral ambiental, se ha infiltrado subrepticamente. Su influencia se traduce en la dificultad de interiorizar una ley exterior experimentada como coaccionante. En la liturgia se busca la creatividad para escapar a reglas que son percibidas como formales; en la vida regular, en nombre de la espontaneidad, se pondrán en juicio las constituciones. En estas condiciones, la colaboración entre los miembros de una comunidad es difícil.

La afirmación de sí mismo subyace en esta concepción de la libertad. Ella es un obstáculo para la obediencia y la humildad, para la búsqueda del bien común, ya que siente la referencia a una norma exterior como una esclavitud. Las leyes, garantes de la libertad de cada uno, no pueden ser consideradas como un camino de libertad, como balizas en la ruta que conduce a la felicidad.

Aquellos que reivindican esta forma de libertad, respetan lo que es absolutamente obligatorio, pero rechazan en las proposiciones de los otros todo lo que no es de su agrado. Son incapaces de encontrar su libertad y su felicidad en el olvido de sí mismos, sin lo cual no hay integración en una vida comunitaria.

Dificultad de permanecer por la preocupación de sinceridad

Cuando los entusiasmos del comienzo de la vida religiosa han decaído, surgen los cuestionamientos... ¿Para qué perseverar cuando la vida en común no ejerce ya atracción sobre mí, cuando yo he hecho todo de mi parte, cuando ella me ha decepcionado? Si quiero ser sincero conmigo mismo, debo aceptar la evidencia: lo que yo vivo se ha convertido en una rutina completamente desconectada de mis sentimientos reales. Ya que no siento más nada que me entusiasme en la vida comunitaria, que me incite, vale más cambiar y elegir un modo de vida más de acuerdo con la verdad de esto en lo cual me he convertido.

Es así como, tarde o temprano, muchos jóvenes terminan razonando. El hilo conductor de esta reflexión se funda en los sentimientos que, como todos saben, son esencialmente movedizos y cambiantes. En estas condiciones ¿para qué perseverar? ¿No es acaso un formalismo, falta de autenticidad? La “permanencia” —dicho de otra manera, la fidelidad al otro— es vista como impidiendo la sinceridad con uno mismo, valor hoy ubicado muy alto.

Una fidelidad basada en un ideal o en puras ideas, fijando el comportamiento exterior en menosprecio de la vida, ha contribuido quizás a desacreditar la fidelidad, asimilándola a algo estático. Aparece, entonces, como una máscara que salva las apariencias, haciendo creer que el vínculo con el otro está siempre ahí. La sinceridad, por el contrario, parece mostrar la realidad que se esconde detrás de la fachada. Es asimilada al coraje de reconocer que los sentimientos comprometidos en la relación con el otro, conocen soluciones de continuidad. Parece entonces más verdadera y parece tener más en cuenta el movimiento inherente a la vida. ¿Acaso no soy un ser sometido al cambio?

En nombre de la autenticidad, se busca hoy la sinceridad, es decir la fidelidad a uno mismo, oponiéndola a la fidelidad al otro, a los otros. ¿Serán tal vez las dos incompatibles?

Pero, en primer lugar, ¿a qué queremos ser fieles? Llamamos a menudo sinceridad a la adecuación entre lo que el sujeto expresa en el exterior y los sentimientos que siente interiormente. La sinceridad con-

sistiría, entonces, en adaptar su conducta a esos sentimientos, al impulso, a la energía que nos mueve. Es olvidar que el nacimiento y el desarrollo de nuestros sentimientos escapan a menudo a nuestro control.

En estas condiciones, ¿podemos hacer que nuestra fidelidad dependa únicamente de nuestros sentimientos cambiantes y contradictorios? ¿Es acaso una simple repetición, imitación de lo que ya he sido? ¿Estará fundada en un conocimiento de sí, descubierto escudriñando la propia conciencia? Esto supondría que la sinceridad consigo mismo es independiente de todo lazo con el otro. Pero ¿cómo hablar de sinceridad, si la confrontación con los otros no está allí para hacerme tomar conciencia de la originalidad de mi mundo interior? ¿Si nadie introduce la discontinuidad en mi experiencia? Sin el otro, esta sinceridad no sería más que ideas fijas, ilusión de que mi yo es invariable. Esta sinceridad ¿podría aún llamarse vida?

La fidelidad a sí mismo, entonces, implica una dependencia de la mirada del otro y, en consecuencia, la gestión de conflictos, pues cada uno evoluciona a su ritmo y la confrontación de ritmos diferentes crea necesariamente tensiones.

Conjugar la sinceridad consigo mismo y la fidelidad al otro en la perseverancia supone que el hilo conductor de la existencia no son los sentimientos, sino el don de sí y la confianza en el otro, en su capacidad de crecer, aún cuando el gusto de ir hacia adelante parece haberlo abandonado. Perseverar toma entonces la forma de paciencia, de esperanza, la certeza de que la vida es más fuerte que la muerte.

Ausencia de alteridad interior

La capacidad de tener una relación sana con los otros es esencial para vivir en comunidad. Pero todo trabajo en este campo será vano si no desarrollamos una alteridad interior. Dicho de otra forma, nuestra interioridad ¿está habitada o vacía? A menudo es esta segunda eventualidad la que se constata. Cuando la educación o una formación cristiana deficiente no nos han provisto de materiales acumulados para ser interiorizados, nada está habitado. El silencio interior es vacío, aunque nos hayamos llenado la cabeza con estudios actualizados. No hay diálogo interior, no hay cara a cara. ¿Cómo llegar sin palabra interior a una real estabilidad interior, indispensable para que se desarrolle una identidad personal? Sólo así esta palabra puede, por sus resonancias, crear puentes en dirección al otro, establecer en la paz interior, dar seguridad y confianza en sí mismo, hacer desaparecer el miedo. De lo contrario, la relación con el otro será vivida

como una amenaza para la propia autonomía.

La ausencia de alteridad interior hace fracasar toda vida contemplativa, y la búsqueda de identidad de los jóvenes pondrá el acento en el hábito, los gestos particulares de la vida religiosa, etc.

Diálogo en vistas a una transparencia... Una utopía

A menudo llegan jóvenes a la comunidad con deseos de transparencia. Ahora bien, este deseo es un resto de adolescencia que busca volver a encontrar el mundo fusional de la infancia. Esperar del otro la transparencia en la vida común –querer compartir la experiencia más profunda, querer saber todo del otro– es no tomar en serio la diferencia del otro. El paso a la edad adulta implica renunciar a un mundo sin diferencias. El deseo de transparencia debe poco a poco dejar el lugar a una soledad interior habitada por Dios, volverse respeto por la soledad del otro, por su silencio.

Pero se producen inevitables malos entendidos, porque nosotros no avanzamos todos al mismo paso, porque nuestra confianza mutua carece de profundidad. Entonces el diálogo es necesario, no para vivir en la transparencia, sino para solucionar los malos entendidos. Toma el lugar del silencio cuando éste se ha convertido en un obstáculo para la comunicación, cuando no es transparencia; el diálogo está ligado a nuestra pertenencia a un mundo pecador.

Una constatación es iluminadora. El diálogo es generalmente considerado como verdadero cuando las palabras del otro nos son comprensibles, claras. Entonces retengo del diálogo lo que hubiera podido decir yo mismo, lo que se me parece, aquello de lo que yo ya tengo experiencia. Y si no tengo cuidado, el diálogo –que supuestamente elimina barreras– me encierra sobre mí mismo, me convierte en impermeable al otro, en cuanto diferente a mí. En realidad es provechoso cuando lo que me dice el otro me cuestiona, cuando acojo lo que no comprendo.

Querer compartir la experiencia espiritual profunda en comunidad, en la transparencia, es, no solamente una ilusión, sino una fuente de separación. En efecto, lo que es particular separa, porque no lo podemos compartir; solamente lo que es universal pone en comunión.

Dificultades de orden espiritual

La comunidad purifica de los ídolos

La búsqueda espiritual contemporánea privilegia una presencia inmediatamente sensible de Dios y vive la relación con Dios de un modo idolátrico. Las nuevas espiritualidades a menudo proyectan sobre las realidades de la fe los sueños a los que es difícil renunciar. La religión, y por consiguiente Dios, son puestos al servicio de un ideal de sí sin fallas, donde toda duda está excluida. ¿Cuáles son esos “ídolos” que prometen el pleno desarrollo y la cura de toda angustia? Tienen alguna semejanza con el rostro de Dios que refleja la Escritura, pero solamente un aspecto es tenido en cuenta y es absolutizado.

- Dios es aquel que me protege: yo espero de Él que me libre del sufrimiento, de la muerte, de la desgracia, de la soledad, del miedo frente al porvenir. Juega el rol de una madre protectora que consuela y mece en sus brazos... hasta que la prueba, el sufrimiento, vienen un día a romper esta ilusión. Surgen entonces preguntas: ¿Qué le hice yo a Dios para que me suceda esto? O bien: ¿Cómo ha permitido Dios que me suceda una cosa semejante? ¿Dios es bueno? ¿Existe Dios? Hay detrás de estas preguntas una negativa a depender de una realidad amenazante: que atropella, que es imposible de dominar y por eso da miedo y angustia. Este ídolo descansa sobre la negativa a mirar de frente todo aquello que nos hace tomar conciencia de la finitud de nuestro ser.
- Dios también puede ser mirado como aquél que me ama más de lo que ningún otro podría hacerlo. Él colma mi deseo de ser amado de un modo infinito; Él nos permite recobrar la paz interior cuando la experiencia nos ha hecho tomar conciencia de que no podemos tener dominio sobre el deseo del otro. Este ídolo permite evadirse a la soledad, cuando el otro comienza a ser percibido como un misterio que se nos escapa.
- Dios es mirado también como aquél que me permite volver a encontrar una buena conciencia, la posibilidad de ser puro y bueno, de liberarme de mi culpabilidad. Es un Dios todopoderoso que promulga una ley gracias a la cual yo sé lo que está permitido y lo que está prohibido. Conformándome a esta ley todopoderosa, tengo la certeza de ser yo también todopoderoso.

¿Qué puede hacer la vida común con esos ídolos?

Nos ayuda a convertirnos de los ídolos que habitan en nosotros y volvernos hacia el Padre, que en su Hijo, nos da a nuestros hermanos como lugar de su presencia. Enseña a reconocer la presencia de Dios en la acogida del otro, en la misericordia, en el respeto de las diferencias, y no en la fuerza y la satisfacción de la buena conciencia que pueden darnos las leyes bien observadas, aun si son aquellas que contienen las constituciones. Enseña a servir y no a dominar. Enseña a reconocer al Señor presente, pero inaccesible, a través de los cuestionamientos que el otro suscita en mí. Hace descubrir que lo que Dios desea para mí no puede ser encerrado en una certeza; se me escapa como se me escapa el deseo del otro, como se me escapa mi propio deseo, mi propio misterio.

La vida en común, la relación con los hermanos, con las hermanas, contribuye a purificar nuestra relación con Dios de sus ídolos, y a no oponer más a Dios y al prójimo. En el prójimo, es Dios quien es encontrado, es su presencia la que es reconocida, su misterio que siempre se nos escapa.

Impacto de la Palabra de Dios sobre la afectividad a través de la vida en común

Acogemos las realidades de la fe con nuestra vida afectiva. La evolución de la vida espiritual y de la vida afectiva van, pues, a la par. La vida en común juega un rol capital para ajustar esta evolución a la realidad. Hace pasar por muertes sucesivas que rompen las defensas psicológicas instaladas desde muy temprana edad y nos despiertan a una vida más libre. En estas fallas, la Palabra de Dios, leída y releída —y no solamente los pasajes que son un espejo de lo que nosotros creemos ser— penetra profundamente en el corazón. Como la gota de agua que cae sobre la piedra durante años, ella produce un completo remodelamiento de la afectividad espiritual. Permite poco a poco, a través de experiencias dolorosas que marcan muy profundamente, descentrarse de sí mismo y tornarse hacia los otros. La vida en común ajusta la afectividad a lo real y enseña a entrar en el misterio de Dios, y de los hermanos.

La comunidad se convierte así, poco a poco, en mediación de la presencia de Dios, nos cura de una búsqueda inmediata y sensible de Dios, llena de ilusiones, a través de un reajuste de la afectividad a lo real. Aun cuando los acontecimientos de la vida han impedido que la afectividad alcance un equilibrio armonioso entre amor de sí mismo y alteri-

dad, la vida común ayuda a franquear ese paso a través de algunas noches. Es un crecimiento hacia la madurez psíquica, que se realiza conjuntamente con una maduración en la fe.

Pérdida del sentido del pecado y del sentido místico de la comunidad

La *koinonia*, característica de la comunidad religiosa, no está fundada sobre gustos comunes, sino que nació de la reconciliación operada por Cristo en la Cruz y del don del Espíritu, que reúne a todos los hombres reconciliados en un solo Cuerpo. Ella arranca a los hombres de la división. No hay que asombrarse, pues, si la vida comunitaria lleva en sí la marca del misterio de la Cruz, de una dolorosa reconciliación, si es un lugar de conversión. Se convierte así en la entrada a una vida que tiene el gusto anticipado de la resurrección. ¡Estamos lejos de la comunidad ideal, de la comunidad soñada, confundida con la comunidad evangélica!

La dimensión mística de la comunidad se arraiga en la experiencia del pecado, en la certeza de ser pecadores perdonados. De eso la comunidad es un signo; no cuando una armonía superficial hace creer que el paraíso terrestre ha sido alcanzado, sino cuando las disputas, las tensiones, se resuelven en una reconciliación.

¿Cómo llegar a esto? Cada uno es remitido a su propia conciencia. No hay camino totalmente trazado para vivir la reconciliación, la fraternidad en Cristo; es un fruto de la caridad que el Espíritu derrama en nuestros corazones. Se lo descubre en lo más cotidiano de la jornada, superando todo aquello que hace difícil la vida en común.

Conclusión

Parecería, a primera vista, que el individualismo y el subjetivismo conciernen nada más que a aquel que se ha dejado impregnar por ellos. Pero estas dos corrientes implican la relación con el otro, y por lo tanto tienen una influencia directa en la vida en común. Se trata, pues, de toda una formación personal que está implicada en las dificultades encontradas en comunidad.

*Monastère des Dominicaines
Route de Pontacq
F-65.100 Lourdes
Francia*